

Por eso las Conferencias van poniéndose cada vez más de moda. Se acabó el vacío triste de los locales, el sonar de la voz en hueco. Hay auditorio para todos, aunque, naturalmente, no en la cantidad que lo hubo para D. Antonio.

España, además, es el país de la palabra. Si se nos juzga por la calidad de nuestros oradores, no existirá raza en el mundo que con nosotros se compare.

Los que hemos alcanzado a Castelar, en sus últimos años, pero asombroso todavía; a Romero Robledo, tan diestro esgrimidor; a Cánovas del Castillo, que era prolijo en el Ateneo, pero en las Cortes un atleta; a Salmerón, con sus tonos bíblicos; a Silvela el florentino, con sus astutas reticencias y sus pases, envidiables por el mejor lidiador; a Nocedal, con su aire de actor, sus ardidés y donaires cómicos; a Mella, que está ahora en la plenitud de sus facultades; y al más grande tal vez (aunque sea muy difícil otorgar la palma en este género), Canalejas, desigual, pero magnífico cuando le asistía su peculiar inspiración...; quienes los escuchamos, repito, bien podemos gloriarnos de que no oíríamos cosa mejor aunque fuésemos coetáneos de Cicerón o de Demóstenes.

En España se crían los oradores sin igual y, correspondiendo a este privilegio, el público más sensible a la magia y prestigios del verbalismo.

¡De cuántas desdichas no ha consolado a España, a veces, un discurso de éstos de empuje, como el de D. Antonio!

Porque los discursos engendran esperanza; y de la esperanza nace alegría. Hay una cierta expansión que por un instante suscita la idea de mejor porvenir. Los males de la patria, si no se han remediado, van a remediarse en plazo breve. Se han agitado las aguas de la piscina, y el que entre en ella no quedará ni tullido ni manco, sino sano y vigoroso...

Aun los que estamos más abrumados de pesimismo — de ese pesimismo amargo, pero no letal, que no nos impide trabajar como si confiásemos en el porvenir — sentimos a veces la oleada de ilusión, el aura halagadora que nos acaricia la frente... Pero, al otro día, todo está igual. No vemos el surco abierto... Tal vez, para verlo, haya que tener los ojos vendados de la fe robusta.

Los discursos, al pasar de los labios al papel, pierden más de la mitad de su fuerza.

Y además, ¿quién relee un discurso? ¿Dónde están aquellas oraciones magnas, tan celebradas a su hora, formidables como acorazados, de Canalejas? ¿Qué quedó de su efecto momentáneo? Nadie, de fijo, ha pensado en desempolvarlas, desde que quedaron oficialmente archivadas en las mustias hojas del *Diario de Sesiones*.

Como las plantas y flores que se recogen llenas de vida y de color y de perfume, y se prensan entre los cartones de un herbario, y al cabo de poco tiempo están pálidas y marchitas y descoloridas, — los discursos más grandilocuentes son polvo y ceniza cuando sobre ellos pasan unos años.

Y ¡qué de sorpresas guardan estos Diarios oficiales antiguos!

A pesar de la labor de lima y expurgo que sufre todo lo que en las Cortes se dice, antes de que pase a la publicación oficial, en ella se encuentran cosas asombrosas. Pero nadie tiene espacio ni paciencia para registrar minuciosamente el *Diario de Sesiones*, a no ser los diputados que quieren argüir de inconsecuencia a sus adversarios, y refregarles, perdónese el vulgarismo, por las narices sus propias palabras y sus antiguas opiniones, cogiéndolos en flagrante delito de contradicción.

¡Claro es que algo queda de los discursos! Lo que hay, es que ese efecto no guarda proporción con el que al pronto se creería que hubiesen de causar.

Tampoco esto va con el discurso del Sr. Maura, en especial, por más que estará sujeto a la ley que sufren todos los monumentos oratorios, desde los del «divino» Argüelles y D. Joaquín María López, hasta los más flamantes. Es el desquite de la literatura escrita, tan inferior en estruendo, en los primeros momentos, a la verbal.

Y esto me trae de la mano al Instituto francés. Son conferencias literarias las que en él escuchamos.

Se deslizan calladamente, ante un recogido auditorio, de gente que se conoce toda — lo que en Francia se llama *habitués*. Apenas si la prensa, de vez en

cuando, las menciona, en distraído suelto. Yo, sin embargo, creo que abre surco esta labor.

Se fundó el Instituto francés hace pocos años, y redimió a los perseverantes profesores franceses, de la cárcel que sufrían en las incómodas y oscuras aulas de nuestra Universidad Central.

Al objeto de estrechar las relaciones culturales entre Francia y España, venían estos Profesores aceptando el local que encontraban, y los concurrentes deseábamos también que se organizaran mejor unas enseñanzas tan atractivas. Porque, en este particular, y sin mengua de la neutralidad ante Belona, éramos y somos francófilos buen golpe de españoles. Francia es una segunda patria de nuestro espíritu, es nuestra maestra, y los artistas más castizos, quieran que no, algo deben a la «hermana latina».

Surgió al fin el Instituto, y unido a él, un Colegio; todo sencillo, pero higiénico, confortable, y no desprovisto de cierta elegancia. Todos los años, en primavera, dan cursillos algunos Profesores, que proceden de Universidades francesas.

Este año vino también un belga, el Sr. Vilmoret, procedente de Lieja. Su explicación abarcó aspectos históricos: el estado de Bélgica a fines del siglo xv; el Renacimiento en los Países Bajos; el movimiento y evolución de las letras; el arte, la escultura, la pintura; y así, en breve conjunto, nos presentó, clara y bien definida, la civilización característica de su patria, hasta el trágico momento presente.

Otro conferenciista, el Sr. Arnould, profesor en la *Université de Fribourg*, adoptó un tema muy sugestivo, la evolución del Teatro cristiano, desde los Misterios, hasta nuestros días, iniciando la serie de obras relativamente modernas por el *Poliuto*, de Corneille, en su opinión el mejor drama cristiano, siguiendo por las familiarísimas *Ester* y *Atalia*, de Racine, y terminando con el movimiento místico del último período del siglo xix, Mauricio Bouchour y la *Marche à l'Etoile*, la *Samaritana*, de Edmundo Rostand, y las celebradas *Pasiones* de Nancy y Oberammergau. Yo hubiese añadido la *Salomé*, de Oscar Wilde. Nada más cristiano que la figura del Bautista.

Pero el asunto más oportuno y simpático, lo ha tratado, sin duda, el Director del Instituto y Rector de la Universidad de Tolosa, Ernesto Mérimée. Es asunto que tiene dominado, pues toda su vida, puede decirse, ha cultivado los estudios hispánicos, afición que le viene de casta; nadie desconoce lo hispanizante que fué el autor de *Colomba* y de *Carmen*, verdadero cautivo de España, adorador de nuestro elemento pintoresco, de la belleza de nuestros paisajes y edificios, y amigo muy íntimo de la Emperatriz Eugenia de Montijo. Este Mérimée de ahora, sobrino del antiguo, ha publicado importantes estudios sobre Quevedo y otros clásicos españoles.

Así, le tenemos por familiar y amigo de casa, y hemos estado pendientes de sus labios cuando nos explicaba las relaciones estrechísimas entre las letras españolas y las francesas, a partir del siglo xvii, época de nuestro glorioso esplendor literario. Y la concurrencia no sentía la frialdad, compañera frecuente de las lecciones de cátedra, sino una emoción honda y misteriosa, que comunicaba con el conferenciante al tocar, con tan delicado acierto, las cuerdas del patriotismo.

Al través de la erudición, del ingenio y hasta del buen humor del conferenciante, se percibía el latido de su corazón de viejo patriota, herido y lastimado, y que busca la simpatía y el interés de los oyentes y de los amigos, para consuelo y calor.

A este terreno nos llevaba su conferencia amenísima, al poner de manifiesto los lazos de unión que crean las semejanzas y las influencias en el arte, en la literatura, hasta en las costumbres.

Mérimée demostró, en esta labor fina, su tacto y conocimiento del alma española, y su pleno dominio de nuestras letras, en sus mejores períodos.

Nuestros aplausos debieron convencerle de que había logrado su fin.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por eso las Conferencias van poniéndose cada vez más de moda. Se acabó el vacío triste de los locales, el sonar de la voz en hueco. Hay auditorio para todos, aunque, naturalmente, no en la cantidad que lo hubo para D. Antonio; pero todavía se presta a un parrafillo de crónica. Aun publican los gráficos retratos del insigne orador, y fotografías de la *garden party* de Parisiana.

Lo primero que ocurre al pensar en este suceso, es que ya el Parlamento ha quedado relegado a segunda fila. Los acontecimientos más resonantes de la política, no se desarrollan en su recinto. Es en los teatros, en los locales públicos, donde se reúne la multitud para manifestar sus deseos, sus opiniones, sus simpatías calurosas.

Por efecto de la venida de los Comités, Juntas y partidarios sueltos, y acérrimos, la concurrencia el día de la solemnidad fué tal, que había, como suele decirse, puñaladas por las localidades. El Teatro Real no es de goma elástica, y la impenetrabilidad de los cuerpos es una ley física que casi se desmintió esa tarde del 21 de abril. En ninguna función de gala he visto veinte señoras en un palco.

Y después de tal apretujamiento, que engendra una disposición a la irritabilidad, otro caso sorprendente fué que nadie rechistase, que no hubiese una cuestión por el acomodo y asiento, ni una discusión ni una voz ni un murmurio. Y además, el gentío, prensado, molestado, nervioso, se mantuvo, después de las explosiones del entusiasmo, en la religiosidad del silencio, por el espacio de dos horas que duró la perorata: tiempo capaz de dar al traste con la atención de cualquier público.

Todo esto me lo han contado. Yo no asistí, por mi luto, a pesar de que la fortuna me había deparado un sitio cómodo, de toda holgura.

Si el Congreso — aquel Congreso tan lóbrego, tan sofocado, tan polvoriento, cuyas tribunas parecen hechas de propósito para que nadie asista a las sesiones — fuese el Teatro Real, ¡qué llenos tendrían! Verdad que los llenos es lo que quiso evitarse, no cabe duda.

Cuesta tal pérdida de tiempo la contingencia de tener un lugar en primera fila en el Congreso para escuchar a algún orador de nota, que mucha gente renuncia. No estando en primera fila, ni se ve ni se oye; hace un calor asfixiante, y se está muy mal sentado, con rodillas y pies ajenos rozándole a uno el espinazo, y sin poder salir ni moverse, pues se pierde el sitio.

Todas las indicaciones y súplicas, respecto a lo razonable que sería que los asientos de las tribunas se numerasen como los de los teatros, se han estrellado contra esa monótona indiferencia española, conservadora del error, y que para nada tiene en cuenta los derechos legítimos del público.

Por esta mala disposición del Congreso, la gente ha acogido como maná la traslación de la oratoria política y social a lugares menos incómodos. Los salones de los grandes hoteles, los teatros, la plaza de toros, si se terciara..., todo es preferible al palacio de la Asamblea Legislativa.

Y las muchedumbres, en el despectar colectivo a que estamos asistiendo, en el ansia de oír palabra que se acentúa, aspiran a acomodarse bien, a ver la cara del orador.